

Homilía en la Ordenación Sacerdotal

8 de noviembre de 2014

Parroquia San Benito

En el Evangelio de San Lucas, podemos ver reflejado el Salmo 22: nos dice que una gran multitud siguen al Buen Pastor, porque saben que *nada les puede faltar*. Mientras Jesús les anuncia los misterios del Reino en sencillas parábolas y cura a numerosos enfermos, son los apóstoles los que están preocupados cuando «al caer la tarde» se empiezan a preguntar quién le dará de comer a tanta gente. La primera sugerencia que le acercan a Jesús es la de quienes se quieren sacar el problema de encima: «Despáchalos»... La situación es complicada, pues estaban en un lugar despoblado y el día entraba en su ocaso, sin alojamiento ni comida; no sabían que el Señor ya se había compadecido de ese rebaño, pues su corazón compasivo y solidario revela el rostro de Dios Padre y Pastor, «rico en misericordia» (Ef 2, 4). Él deseaba contagiar su cordialidad a sus apóstoles para que establecieran con ellos otra relación, muy distinta a la de una simple gestión administrativa.

La despreocupación de los discípulos ante las carencias de la gente contrasta con la compasión de Jesús. Entonces, haciendo docencia con ellos, los invita a hacerse cargo de la situación: «Denles ustedes mismos de comer»; no obstante, la segunda reacción de sus discípulos no fue mejor que la primera. Algo tenían, pero les resultaba tan poco: «No tenemos más que cinco panes y dos peces...», y lo que sigue es indefinido como el «habría que...», propio de los que no se sienten solidarios con el dolor y las necesidades de sus semejantes. Los hombres elegidos por Jesús para ser las columnas de su Iglesia, tuvieron que aprender que su Maestro con tan poco hace mucho. Cuando Jesús tomó el pan y los peces en sus manos, elevó los ojos al cielo y pronunció la bendición, no podemos menos que pensar en el relato ritual de la Última Cena del Señor. Él manifestó su señorío haciendo un milagro que dio de comer a una multitud, pero quiso también asociar a sus discípulos para que alcancen a la gente la gracia que el sacrificio de su pasión nos mereció. En esta página del Evangelio está expresado claramente, la contundente voluntad del Señor en hacer participar a sus apóstoles de su sacerdocio de mediación.

Queridos diáconos, una vez ordenados y crismados, aunque les parezca poca cosa lo que tienen en sus manos consagradas, no duden de que el Señor siempre está dispuesto a multiplicar la gracia y el don que hoy les entrega, para que el pueblo

que Él adquirió con su sangre, pueda «comer hasta saciarse» del Pan vivo bajado del cielo. Sean generosos y no se guarden nada, y siguiendo los consejos de San Pedro: «Pongan al servicio de los demás los dones que han recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios» (1° P 4,10).

Los sacramentos son, por su naturaleza misma, una prolongación de la Encarnación de Cristo, una variante del misterio que expresamos al decir con San Juan: «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Es una de las razones por lo que la transmisión del Orden Sagrado en la Iglesia católica se da en el contexto de la Eucaristía que estamos celebrando, para significar con ello que cada sacerdote ungido, queda íntimamente unido al altar, de cara a su pueblo, para ver sus necesidades materiales y espirituales, ligado al templo, a los misterios pascuales, que contienen la gracia de Cristo y la causan en el alma de los bautizados. En fin, un oficio de amor para celebrar todos los días el «gran amor que Dios nos tiene» (1° Jn 4, 16).

San Juan Pablo II nos enseñó que la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura.¹ Si mediante el sacramento de la Eucaristía, el Señor encontró el modo de quedarse «en» cada cristiano que comulga², también encontró el modo de hacerse una sola cosa con ustedes que los eligió para el ministerio sacerdotal; así, infundiendo este oficio de amor, por medio del sacramento del Orden que estamos celebrando, Él les pasa su modo de ser Pastor y Maestro (cfr. Ef 4,11). ¿Y qué es lo que pasa en ustedes con la ordenación? Pasa que Él los convierte en pastores según su corazón (cfr. Jr 3,15), para que sean sensibles a los intereses de Dios y a los problemas de los hombres, para que proclamen los misterios del Reino con el estilo sencillo de sus parábolas, como lo hizo el Beato Cura Brochero. En fin, para que por la caridad pastoral, se gasten y desgasten por la Iglesia y reflejen con palabras y obras, los mismos sentimientos del Buen Pastor, que no vino a ser servido, sino para servir (Mc 10,45).

Al introducir a los hombres en el pueblo de Dios por medio del Bautismo; al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por medio del sacramento de la Penitencia; al confortar a los enfermos con la Santa Unción, y en todas las celebraciones litúrgicas, así como ofrecer todos los días el Santo Sacrificio de Cristo sobre el altar, recuerden su origen, de dónde los llamó, porque fueron elegidos de entre los hombres y revestidos del don al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios.

1 Name Nobiscum Domine, 25

2 Ídem, 19.

Permanezcan unidos a Jesús en la oración. San Gregorio Magno aconseja que «pidamos a Dios un corazón contrito, porque quienes celebramos los misterios de la Pasión del Señor, debemos imitar lo que hacemos», y San Ambrosio dijo que «las armas de los sacerdotes son lágrimas y oración, y bien armados con estas, pelea con gran confianza contra la justicia de Dios, ofreciéndose a sí mismo, a semejanza de muro, como otro Moisés, para que descargue en él su ira, y derrame sobre el pueblo su misericordia» (cfr. *Tratado sobre el Sacerdocio* de San Juan de Ávila, cap. V). Sí, nuestra oración sacerdotal es de intercesión: orar mucho por el rebaño que se nos confía. En la oración diaria de los Salmos, unidos al cuerpo presbiteral y a toda la Iglesia orante, déjense primero acariciar por Dios, que con su misericordia, ternura y consuelo, renovará el deseo de servir y consolar a su pueblo, con el mismo consuelo con que Él nos consuela (cfr. *2º Cor 1,3-4*). Vivan fraternalmente unidos al cuerpo presbiteral, porque en eso consiste la fuerza y principal virtud de la misión evangelizadora; y amen a sus curas mayores como nos enseña el Papa Francisco, porque vemos en ellos la sabiduría de los testigos de la fe, que se gastaron por Cristo y son dignos de imitar.

Finalmente les pido: mantengan la alegría de saber que Cristo resucitó y estará siempre al lado de ustedes, como compañero del camino que hoy comienzan.

✠ Cardenal Mario Aurelio Poli